

Kénosis-Diakonía en el itinerario espiritual de San Juan de Dios (Roma 1993).

El libro sigue linealmente los acontecimientos de la vida de Juan de Dios. Al rigor histórico, el A. añade un sugerente estilo periodístico que le permite unir hagiografía y encuesta, narración y estudio, consiguiendo acercar el personaje estudiado —sin desgajarlo de su lugar en la historia— al lector contemporáneo. Es cierto que la reacción de Juan de Dios a la predicación de Juan de Avila puede calificarse de desconcertante. Desconcertó incluso a sus contemporáneos hasta el punto de recluirlo en un hospital. La pregunta obligada es: ¿fue un rapto de locura? Juan Félix Bellido se plantea esta misma pregunta ya en la introducción y la contesta claramente: «También yo me he propuesto esta pregunta —dice— mientras escribía estas páginas, y naturalmente he querido durante mi *entrevista* a la historia hacerle la misma pregunta al personaje en cuestión. La respuesta ha sido *no*. He llegado a esta conclusión, al menos, con los datos que la historia me ha proporcionado» (p. 20).

Este libro es una ágil y acertada biografía de San Juan de Dios, una biografía en la que no sólo se realiza una exposición ordenada de los datos históricos, sino en la que se intenta ofrecer una puerta de acceso a la coherencia de una vida, es decir, al territorio íntimo del biografiado.

L. F. Mateo-Seco

John Henry NEWMAN, *Perder y ganar*, Víctor GARCÍA RUIZ (ed.), «Encuentro Ediciones», Madrid 1994, 355 pp., 15 x 23

Las relaciones entre literatura y teología se han estrechado recientemente. De una parte, la «teología narrativa» ha

contribuido a tomar mayor conciencia de que la revelación divina ha asumido también la palabra escrita y los géneros literarios e igualmente lo ha hecho la teología —aunque sea discutible si la narración es un género teológico que deba privilegiarse. Por otra parte, paralelamente al interés de filósofos como Heidegger y Marcel por la literatura como género filosófico, Charles Moeller contribuyó decisivamente con su magna obra «Literatura del siglo XX y cristianismo» a mostrar que la literatura es un lugar teológico.

La obra de J. H. Newman es muy variada; además de escribir varias monografías teológicas y editar sus múltiples sermones, fue autor de algunas narraciones: su famosa «Apología pro vita sua» y algunas novelas. Entre éstas se halla la que ahora analizamos: «Loss and Gain: The Story of a Convert» (1847). La edición a cargo de Víctor García Ruiz es excelente: contiene una magnífica introducción, una traducción muy cuidadosa, iluminada por las notas a pie de página que explican todos aquellos puntos de la novela newmaniana que hoy no resultan familiares a un lector hispánico. Todo ello revela en el editor una notable capacidad literaria, histórica y teológica.

Newman utiliza el género narrativo para reflexionar sobre su itinerario espiritual, que ya en esas fechas le había conducido a ser admitido en la Iglesia Católica Romana. El interés histórico de esta novela es, pues, notable; aunque su Autor evite las referencias personales a sus amigos y contradictores, su reconstrucción del ambiente de Oxford y de los argumentos que estaban en bocas de unos y otros es minuciosamente exacta.

En este sentido, la lectura de «Perder y ganar» es una excelente aproximación al entendimiento de las peculiares circunstancias que aún hoy rodean el

diálogo ecuménico entre católicos y anglicanos. La opinión pública católica tiende a identificar anglicanismo con protestantismo; por eso muchos lectores de esta obra se sentirán sorprendidos al descubrir la fuerza que ha tenido dentro del anglicanismo la corriente catolizante («católicos, pero no romanos», se denominan), la admiración que la Iglesia Católica ha despertado y sigue despertando entre muchos anglicanos y el tipo de prejuicios —que en su mayor parte no son doctrinales— que los separan de Roma. Igualmente descubrirán cuáles son las dificultades para que un anglicano se haga católico; en el caso de Newman —que aparece en su novela bajo el nombre de Charles Reding— esas dificultades fueron sobre todo espirituales: una aguda percepción del sufrimiento que causaba a familiares y amigos, pero principalmente la constatación de que se convertía a sí mismo en piedra de escándalo —en el sentido teológico del término: ocasión para que se enfriara la fe de otros anglicanos.

Por otra parte, la historia de Charles Reding es un ejemplo privilegiadamente lúcido de cómo en el encaminamiento hacia la fe se entrecruzan las propias disposiciones morales, los atisbos de verdad que se van alcanzando y el impulso vigoroso de la gracia divina. En ella el teólogo puede rastrear los signos de credendidad y de credibilidad que facilitan el acceso a la fe. Pero Newman y su personaje novelado explicitan algo más: que la fe cristiana —que ya poseía Charles siendo anglicano— impulsa al creyente al conocimiento pleno de la revelación. La «conversión» de Newman no fue el tránsito de la incredulidad a la fe, sino un paso más —eso sí, decisivo— en su vida espiritual. La vida cristiana se inicia con una radical conversión del corazón a Dios mediante la fe, pero —según el Beato Jose-

maría Escrivá— «más importantes aún, y más difíciles, son las sucesivas conversiones» (*Es Cristo que pasa*, Madrid 1973, n. 57). Esta consideración arroja una luz poderosa sobre la pastoral que la Iglesia realiza con cristianos acatólicos: su fin primordial debe ser ayudarlos a ponerse en las condiciones espirituales que hacen posible esas conversiones del corazón a Dios que el hombre ha de reiterar a lo largo de su existencia.

J. M. Otero

TEOLOGÍA FUNDAMENTAL

AA. VV., *Cristianesimo e Religione*. Ed. Glossa, Milano 1993, 233 pp., 14 x 21.

AA. VV., *Cristianesimo e Religioni in Dialogo*. Ed. Morcelliana, Brescia 1994, 264 pp., 15 x 21

En cierto sentido, el cristianismo ha tenido siempre que enfrentarse con la cuestión del pluralismo teológico. Históricamente, irrumpió en un mundo donde ya existían fenómenos religiosos diversos, y se vio enseguida obligado a «justificarse» ante otras formas religiosas. Es más: tuvo que imponerse a ellas, convencido como estaba de que poseía la plenitud de verdad y salvación. Llegó un tiempo en que el mundo (occidental) podía llamarse «cristiano», y los que no profesaban la fe cristiana podían denominarse, simplemente, «infieles».

Ulteriores acontecimientos históricos, como la mayor difusión geográfica del Islam y otras religiones que también se llamaban reveladas, y la popularización de la alternativa iluminista de una «religión natural», han venido a complicar este cuadro. Ya no parece exacto hablar hoy, sin más matices, del cristianismo como «la religión», a la vista de tantos otros fenómenos que reclaman